

## América y un encuentro en París

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Dos elencos teatrales latinoamericanos —colombiano y brasileño— se han presentado este año en París, en el Teatro de las Naciones, y ambos han obtenido éxito. Dos autores y dos directores de nuestro continente han sido ahí aplaudidos por el público —el más exigente del mundo— y por la crítica —la más aguda del mundo—, tal como han recibido elogios obras y creadores de la propia Europa, del Asia, de los Estados Unidos, es decir, sin que haya habido necesidad de anteponer una consideración indulgente al juicio. Esto es sorprendente y promisorio, aunque más sorprendente y promisorio resulta que los integrantes de cada una de dichas compañías se hayan descubierto entre sí y que hayan decidido estrechar el conocimiento iniciado en Francia mediante la realización de un Teatro de las Naciones Latinoamericanas. Es probable que a los franceses el hecho de que colombianos y brasileños hayan entrado en contacto en el "Sarah Bernhardt" les parezca increíble, pero bien sabemos nosotros que se trata de un fenómeno de recíproca ignorancia del que hace tiempo (iba a poner siglos, porque así lo parece) tenemos conciencia aunque no encontramos la fórmula para superarlo.

Ese Teatro de las Naciones Latinoamericanas es efectivamente un medio de que nuestras relaciones y, en consecuencia, nuestra amistad se estrechen. Habría, sin embargo, que ampliar el círculo de nuestros contactos: hacer una exposición rodante, crear una universidad supra-nacional, fundar una empresa cinematográfica destinada a revelarnos a nosotros mismos, etc. La imaginación puede continuar la serie en este campo de las artes y en otros más o menos pertenecientes a la cultura y a la vida. Esto, por cierto, concebido como campaña o cruzada que no sólo tenga como meta la obtención de una verdadera unidad en el espíritu, sino también el desarraigo de la mente común de ciertos clisés que definen por la vía más corta, o sea, que no definen sino deforman, el concepto que nos merecemos unos a otros. Acabar con el clisé del gaucho que simboliza a la Argentina, el del pistolero que postula a México, el del futbolista negro que traza al Brasil, etc.

Porque, en realidad, no es en los Estados Unidos o en Europa en donde se han inventado esos sellos. Hemos sido nosotros mismos los que hemos puesto en circulación tan tontas, vacuas y a veces degradantes etiquetas. ¿Quiénes, si no los peruanos, hemos difundido como propia y alegórica la imagen del indio que toca la quena al lado de la llama, que ni siquiera responde a una objetiva versión del Ande y sus milenarios pobladores? Así se han acuñado las visiones de cada uno de estos países y así las hemos impuesto al mundo. De ahí que sea preciso que, junto con la conciencia de nuestra complejidad, de nuestra variedad, de nuestras características diferenciales, busquemos eso que nos une y hace fuertes. Fuertes no en un sentido agresivo, sino en el más hondo y trascendental de capaces de dar mancomunadamente algo duradero, rotundo a la historia que el hombre viene haciendo desde que está sobre la tierra. Cuando ello suceda, cuando sepamos qué somos —y tal cosa acontecerá mediante nuestro interés—, no será necesario que artistas de Colombia y el Brasil, por ejemplo, tengan que ir a París para saber que en Río y Bogotá, respectivamente, hay gentes que hacen buen teatro, teatro original, teatro tendido hacia el futuro. Lo cual significa, en el fondo, que en esos dos países, y aquí también, existe un proyecto de vida y supervivencia, una realidad y un sueño.